

HISTORIAS DE NAVIDAD

JAVIER LARA

Historias de Navidad

Relatos cortos en la época
más especial del año

Javier Lara

Historias de Navidad

Relatos cortos en la época más especial del año

Primera Edición

Copyright © 2025 José Javier Lara Hidalgo

Todos los derechos reservados. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita del autor, y bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico.

ISBN: 9798275777642

A Javier y a Juan, por llenar de ilusión mi Navidad.

ÍNDICE

1. Un milagro sencillo.....	11
2. La espera.....	15
3. El despertar.....	23
4. Un juego de Navidad.....	27
5. El intento.....	33
Sobre el autor.....	43

1. Un milagro sencillo

Como era la única forma de no estar solo, Manuel siempre llegaba antes que la luz. Barría con la punta del zapato las hojas que caían sobre los parquímetros, comprobaba tiques como quien repasa las páginas de un viejo libro y saludaba a los conductores con una sonrisa que no se desgastaba. Cada vez aparcaba menos gente por allí: habían peatonalizado media avenida y los que quedaban pagaban con el móvil sin siquiera bajar la ventanilla. Pero él seguía en su puesto, resistente como un farol antiguo, empeñado en hacer su trabajo como si de verdad importara.

Una mañana fría la vio por primera vez. De un coche adaptado bajó una chica de pelo oscuro, tan limpio que con su brillo parecía devolver al mundo la poca luz que había. Buscaba la tarjeta azul en el bolso cuando Manuel, sin pensarlo, se acercó.

—Por aquí no hay plaza reservada —le dijo—, pero si me da un minuto, se la busco.

Ella sonrió y él sintió, sin saber por qué, que aquella sonrisa se le quedaría dando vueltas por dentro un tiempo.

Unos días más tarde se presentó como Belén. A Manuel le costó no fijarse en su pierna ortopédica, no por

morbo, sino por la naturalidad con la que ella se movía pese a la evidente incomodidad de algunas mañanas. Poco a poco se hicieron habituales sus saludos, frases cortas al principio y alguna conversación más larga después. Le contó que se había mudado cerca, a un piso «por fin con ascensor», que vivía sola y que a veces bailaba para despejar la cabeza.

—A mí me encanta bailar —dijo una mañana.

—Pues yo soy un desastre —confesó él—. No me guio ni con las palmas.

Ella se rio, sin burla.

—Entonces tienes más mérito si algún día lo intentas.

La Nochebuena amaneció tranquila. Manuel revisó los coches como siempre. Vio un par sin tique, pero decidió no poner sanciones. «Hoy no», pensó. Cuando se encontró con el coche de Belén en la misma plaza del día anterior, un nudo leve, casi imperceptible, le tensó el estómago.

Quizá solo estaba descansando; quizá había salido a hacer compras, pero una inquietud pequeña, casi tímida, empezó a crecerle. Terminó su ronda y tomó la decisión: subiría a desearle felices fiestas.

Entró en el portal cuando un vecino empujó la puerta para salir. Buscó su nombre en los buzones, el 3ºB. El ascensor subió despacio, como si quisiera convencerlo de que aún estaba a tiempo de darse la vuelta. Pero Manuel no se echó atrás. Llamó. Nada. Volvió a llamar. Tampoco.

Iba a marcharse cuando, acercando el oído, escuchó música. Una voz suave, cálida. Michael Bublé. Esperó a que terminara la canción y volvió a pulsar el timbre.

Esta vez sí. Se acercaron pasos y, segundos después, el sonido de la cerradura. Belén abrió con el pelo suelto y una expresión que mezclaba sorpresa y alivio.

—Manuel... ¿qué haces aquí?

—Solo quería desearte... —empezó, pero ella no lo dejó terminar.

—Pasa —le dijo, como quien invita a un amigo de toda la vida.

El salón estaba despejado, los muebles arrinconados. En la esquina, un pequeño árbol de Navidad parpadeaba con luces que parecían respirar. Sonó otra canción, más animada.

Belén dio un par de pasos hacia el centro. Luego otros. Movía el torso y los brazos con una delicadeza que parecía nacida del silencio más que de la música. Sus piernas la seguían sin imponerse, integradas en el ritmo como si formaran parte natural de él. Era un baile íntimo, casi secreto, pero lleno de verdad. Y el brillo de su pelo recogía los destellos del árbol como si la luz la estuviera buscando.

Manuel no sabía dónde meterse.

—Ya te dije que soy malísimo para esto —murmuró. Ella sonrió.

—Da igual. Nadie empieza sabiendo. Vente.

Extendió la mano. Él dudó. Pero, al final, dio un paso. Luego otro.

Belén lo guió despacio, sin prisas, con esa paciencia que solo tienen quienes han aprendido a levantarse muchas veces. Manuel se sentía torpe, demasiado rígido, demasiado consciente de sí mismo. Hasta que, de pronto, ella apoyó la mano en su hombro. Algo se aflojó. No fue magia, fue cercanía.

Y entonces ocurrió: empezó a moverse sin pensarlo y sin calcular. El cuerpo lo guió antes que la cabeza. No sabía si bailaba bien, pero iban coordinados y, sobre todo, estaban juntos. Y eso cambió algo que no se veía, pero que él llevaba demasiado tiempo sin tocar.

La canción terminó y se quedaron quietos un instante, respirando en el mismo aire.

—Gracias por venir —dijo ella.

—Gracias por... dejarme entrar —respondió él, y no se refería solo al piso.

El árbol parpadeó en la esquina, como si quisiera decir algo, pero no encontrara palabras. Manuel pensó entonces que quizá los milagros de Navidad no son ruidosos ni espectaculares. A veces son así: dos personas bailando con sencillez en un salón despejado, descubriendo, casi sin querer, que esa noche ninguno de los dos está solo.

2. La espera

Llovía. Era el día de Navidad y, lejos de celebraciones, tuvimos que pasar unas cuantas horas en el coche. A Matías solo parecía preocuparle una cosa en aquel viaje: cómo sabrán los Reyes Magos que estaremos en un hotel para dejarnos los regalos. Aquello en lo que insistía mi hijo con un canturreo monótono era de lo último que me preocupaba mientras intentaba no salirme del carril pese a la baja visibilidad. Avanzábamos hacia una ciudad que apenas conocía junto a los fantasmas que amenazaban a mi familia desde hacía varios meses. No sé cómo lo hizo, pero Sofi calló al niño con una explicación de lo más creíble.

—Porque son magos, por eso los Reyes Magos sabrán dónde estamos. Saben en todo momento el lugar en el que se encuentran los niños a los que les llevan regalos, así que no tienes que preocuparte.

Sofi iba sentada a mi espalda, en los asientos centrales, cogiendo de la mano a Ulises, a quien no

molestaba para dormir la cantinela de su hermano desde el último asiento del vehículo familiar. En momentos así, en los que está para todo, atendiendo a los dos niños de manera milagrosa, me demuestra que está hecha de otra piel, que saca una entereza impropia en los momentos de apuro. Esa es mi mujer. Y sí, claro que a veces estalla, pero contrarresta cada bajón con un vendaval de fuerza para los suyos. En cambio, yo, que siempre me creí fuerte, sentía en aquel viaje que me desmoronaba.

—Y en este sitio sin chimenea, ¿cómo van a entrar los Reyes? Tendremos que dejar las ventanas abiertas. Podrían subir por el ascensor, pero yo no los he visto nunca en ascensor. Los camellos no entran en los ascensores.

Mi único deseo era llegar a la habitación del hotel y tumbarme en la cama hasta el crucial día siguiente. Pero hubo que bañar a los niños, darles de cenar y esperar a que se durmieran. Lo hicimos entre los dos, pero Sofi siempre llevó la batuta. Tenía localizado cada artículo en la maleta: el jabón infantil, las fiambreras con la comida, los pijamas, el chupete de Uli y un montón de cosas que yo ni recordé que debíamos llevar.

Las habitaciones de los hospitales nunca tienen buenas vistas. Durante los días en los que Uli estuvo ingresado, Sofi pasó las noches y las mañanas con él entre aquellas cuatro paredes y yo me ocupé por las tardes. Aunque ya lo había visto otras veces, cuando entré el primer día me horrorizó verlo de aquella manera, un ser tan pequeño en la cama de un hospital conectado a distintos aparatos a través de cables que le salían de distintas partes del cuerpo. Hay muchos momentos en los que los padres nos cambiaríamos por nuestros hijos, lo haríamos en cualquier situación en la que ellos lo pasan mal. Los dos días de preparación para la operación fueron

especialmente complicados por la tensa espera. Él se comportaba bien, fue un paciente ejemplar, aunque fuese un bebé. Dormía mucho tiempo, tomaba el biberón, había que cambiarle el pañal y en algunos momentos reclamaba atención, algo que se solucionaba haciéndole algunas cucamonas o dándole el chupete. Tuve la sensación de que estaba más tranquilo en el hospital que en casa, quizá todos los nervios estaban con sus padres.

Mientras uno de los dos estaba en el hospital, el otro cuidaba de Matías, así que yo pasaba con él la noche y la mañana. Él insistía, seguía con la cuestión de los Reyes Magos, lo que por momentos me atormentaba. Además, por las noches despertaba varias veces llamando a su madre, algo que conseguía apaciguar tras varios minutos de caricias en el pelo.

Descubrimos un parque ubicado entre el hotel y el hospital que le gustaba mucho. Fue quizá la salvación para pasar aquellas mañanas, ya que además hizo amistad con algunos niños de los que iban allí. Yo también mantuve conversaciones con sus madres. “¿Y con lo que le está pasando a tu hijo puedes estar aquí tan entero?” Y no pude evitar que me temblara la voz al responder. Al terminar en el parque, nos acercábamos al hospital, donde hacía el relevo con mi mujer. Ella se marchaba con Matías y yo me quedaba en la habitación con Uli.

Creo que nunca se ha cumplido el tiempo previsto para una operación. Aquella mañana nos dijeron que serían unas cinco horas. Mi hermana vino para quedarse con Matías, así que Sofi y yo pudimos cogerle las manos al pequeño mientras avanzaba hacia el quirófano. Lo despedimos con un beso al aire y me fundí en un abrazo con mi mujer. Lloramos por todo lo que había en juego, pero intentamos convencernos de que la esperanza brotaba: en cinco horas podría que el suplicio hubiera

terminado. Cuando se cumplió la séptima sin noticias sufrí un mareo que me dejó tumbado en el pasillo entre la sala de espera y los aseos. La voz de Sofi me devolvió al mundo —al infierno. Fue solo un susto, con su parte positiva, pues sirvió para que una enfermera saliera a decirnos que la intervención transcurría bien y ya estaba a punto de finalizar. Pero las últimas horas de espera son siempre las peores. Sofi y yo nos mirábamos a media distancia, ni siquiera sentía ya el tacto de su mano. Nos agitábamos de un lado a otro de la sala, hastiados de leer y releer cada cartel, de toparnos con cada imperfección de los azulejos, de exaltarnos cada vez que llamaban a alguna familia, pero no éramos nosotros.

Bueno o malo, siempre hay un final para las horas de espera en los hospitales, y el nuestro llegó con el cirujano saliendo con rostro serio, con claras señales de cansancio, ojeroso y dando mal presagio.

—Ha sido una operación más larga de lo que esperábamos, pero satisfactoria. Tenemos que esperar un tiempo prudencial, pero hemos hecho lo que pretendíamos. Ahora el pequeño tiene que descansar, todos tenemos que descansar, pero hemos conseguido reparar la válvula tricuspídea. Ahora debemos ir con prudencia. Poco a poco.

Respiramos. La satisfacción en la que entró mi cuerpo y mi mente fue inmensa. Sé que Sofi hizo algunas preguntas que ni siquiera logré escuchar; no sé si me estaba subiendo o bajando la tensión, pero de nuevo me estaba mareando. Me senté, pero enseguida me volví a levantar para darle la mano y las gracias al doctor, aunque no pude evitar abrazarlo.

—Solo hemos hecho nuestro trabajo.

Dormía como los días anteriores, conectado a mil máquinas. En su gesto creí adivinar una leve sonrisa. Sofi y

yo, entrelazados, lo mirábamos; nos dimos el primer beso en muchos días. Sabíamos que la recuperación estaría llena de preocupaciones, pero nos otorgaba toda la fuerza de esa palabra: recuperación. Mi hermana nos puso a Matías en una videollamada. Estaba con el pijama puesto, ya a punto de irse a dormir en la habitación del hotel. Se alegraba por su hermano, dio varios saltos en la cama, preguntó por los Reyes Magos. Era 29 de diciembre; probablemente el 6 de enero aún seguiríamos allí.

Los días siguieron siendo monótonos y tensos. Pasaron Nochevieja y Año Nuevo como días normales, aunque la última cena del año pudimos hacerla los cuatro juntos en la habitación del hospital. Durante la primera mañana del año, nos encontramos el parque vacío, lo que puso triste a Matías. Conseguí que se alegrara cuando jugamos al escondite. Ya conocíamos aquel parque y todos los parques del distrito de memoria. Aun así, yo estaba alegre: jugaba con mi hijo mayor y me llenaba de emoción cuando al llegar al hospital por la tarde, mi hijo pequeño me sonreía con los ojos abiertos y un tono de piel sonrosado.

El día cinco nos levantamos temprano para ver la llegada de los Reyes Magos a la ciudad. Lo hicieron en un helicóptero que aterrizó en un campo de fútbol. Tras aquel momento emocionante, fuimos a relajarnos al parque. Matías estaba perfeccionando la técnica para escalar el tobogán a la inversa y preguntando por la cabalgata cuando descolgué el móvil y vi en la pantalla el nombre de Sofi. Grité de alegría cuando me contó que le habían dado el alta a Uli.

—Papá, papá, acelera porque tenemos que llegar pronto para acostarnos, que si los Reyes Magos pasan por la casa y no estamos o nos pillan despiertos, pasarán de largo.

Conducía de camino a casa; mi mujer y mis dos hijos venían también en el coche. Sin embargo, aquella alegría que sentía se vio tambaleada porque el desconcierto de los días fuera y la incertidumbre de la operación me hicieron olvidar los regalos: no había comprado nada. Ante las palabras de Matías, Sofi me miró, lo hizo sin pronunciar palabra, aunque sabía perfectamente qué quería preguntarme: “Te habrás encargado de los regalos, ¿no?” Pues no, no me encargué de los regalos, ya que pensé que podría hacerlo en la tarde del 5 de enero. Pero allí estaba, echando la tarde en el coche de una ciudad a otra, dando además un rodeo para regresar a casa debido al revuelo circulatorio causado por la cabalgata y llegando cuando ya todas las tiendas estaban cerradas.

Descargamos los equipajes, preparamos algo rápido de cenar y acostamos a los niños lo más rápidamente posible. Matías se encargó de los preparativos para recibir a los Reyes Magos, aunque yo dudaba que nos fuesen a visitar. Sin embargo, él mantenía la misma ilusión y dejó cubos de agua en el salón para los camellos, una botella de licor y un plato con galletas para sus majestades. Recopiló un par de zapatos de cada uno de nosotros para dejarlos bajo el árbol de Navidad. Cuando le di el beso de buenas noches, me miró fijamente.

—Papá, yo creo que he sido bueno. He pedido que salieran bien las cosas para el hermanito. Yo creo que recibiré algunos regalos.

Salí de su habitación con las lágrimas asomando; quizá su padre no se hubiese portado tan bien. Al entrar en la habitación de matrimonio, Sofi me miró desde la cama con rostro de circunstancias. Había escuchado las palabras de su hijo, me dio dos besos y se dio la vuelta en la cama para dormirse enseguida. No podía apagar la luz así, sin más.

—Cariño, creo que mañana tendremos una mañana complicada —le dije.

Ella parecía calmada.

—No te preocupes, lo superaremos. Confíemos en la magia de los Reyes Magos.

Estábamos muy cansados, pero yo tardé bastante en quedarme dormido.

Un sonido desconocido me despertó. Todavía no había amanecido; el reloj marcaba las siete. El sonido volvía. ¿Una pistola láser? Sofi no estaba en la cama; Uli dormía con tranquilidad en la cuna y Matías gritaba. Me puse las zapatillas y la bata, me dirigí al salón y encontré allí a mi mujer y a mi hijo mayor. Matías estaba abriendo regalos y el sonido era el de una pistola láser de juguete.

—¡Mira, papá, la pista de coches de la Patrulla Canina!

No tenía ni idea de cómo habían llegado aquellos regalos hasta allí. También había un par de paquetes con el nombre de Ulises.

—El bebé debería estar aquí —dijo Sofi.

Fui al dormitorio, lo envolví en una manta y lo llevé hasta el salón entre mis brazos. Cuando abrimos uno de sus regalos y sacamos entre el papel un peluche con música, se despertó y, tras algunos titubeos, comenzó a sonreír. Matías se me colgó de la cintura intentando ver el juguete de su hermano; vi a mis dos hijos sonrientes, llenos de ilusión y a mí me dio por reír. Supe entonces que todo aquello solo había podido ser obra de una persona. Levanté la mirada buscando a Sofi; estaba algo apartada de nosotros, con la vista hacia la ventana. En el exterior, llovía.

—¿Qué miras?

—Compruebo si los Reyes Magos se mojan.

Estaba llorando, pero cuando se dio cuenta de que

me estaba fijando en ella, sonrió; yo la besé.

Los Reyes Magos siempre estuvieron en casa.

3. El despertar

El niño encuentra la caja con los soldaditos de juguete que su padre guarda en un altillo. Sabe que no quiere que los toque, pero esa es otra razón para ir a por ellos. Sopla el polvo que se ha introducido durante años por un orificio en la caja. Las primeras figuras que ve no le gustan: un grupo de caballería antigua que no encaja en la época. Quizá utilice algunos de los soldados coloniales británicos, pero los que sí va a emplear son los infantes de marina; esos son los que están en su imaginario de soldados de plomo y a los que busca. Medio ocultos, en una pequeña bolsa, encuentra otros con una etiqueta: «brigada de zapadores». También los ficha.

Envuelve las figuras en el jersey rojo, las cobija y las sujeta para ir corriendo al salón. No hay nadie. Deja los soldaditos en la cesta de mimbre de los mantecados y los acerca hasta el Belén. Antes de mover ficha, visualiza la situación: ¿por dónde se produciría la invasión?

Abre un pequeño surco entre el musgo, modela el papel acartonado y abre una travesía entre las montañas desde las que se divisa la estrella de Belén. Coloca allí

varios de los zapadores. Sitúa a los infantes de marina más abajo, en una de las orillas del río de papel de plata. Reparte algunos más: en la parte trasera de la casa de la luz parpadeante, sorprendiendo al caganer y abordando el castillo de Herodes.

Se aleja varios pasos para tener una vista general del paisaje. Ha conseguido una imagen de acecho real. Será una sorpresa para los habitantes que no se esperan el asalto, tal y como ha visto en la tele. En ese momento, la madre entra en el salón y se queja al ver los soldaditos en el Belén.

El niño no responde, se va al sofá, agarra el mando a distancia y pone la televisión. Pulsa el botón del canal de noticias y no tiene que esperar: salen soldados en la pantalla. El rótulo indica que hay guerra en Palestina y él hace meses que aprendió que Belén está en Palestina, no muy lejos de Jerusalén.

—Pero hijo, eso es ahora, no mezcles con la época del Niño Jesús. ¡En los belenes no hay militares! En todo caso, algún romano —dice la madre mientras estira el mantel sobre la mesa.

—El cura dice que el Niño Jesús nace todos los años. Este es el Belén en el que nacerá el niño de este año —contesta el niño, sin apartar la mirada de la televisión.

—No seas fantástico y quita los soldaditos de ahí. Monta una batalla con ellos en el cuarto de juegos.

—Mamá, a mi edad ya he superado la brecha del pensamiento mágico. Esto que reflejo aquí es real.

—¿Y el Niño Jesús? ¿Dónde está?

—Todavía no ha nacido. No hasta que sea Navidad.

La madre echa una ojeada a las declaraciones de un líder judío que aparece en la televisión y regresa a la cocina agitando la cabeza. El niño sonríe mirando al Belén, encantado con su obra.

El padre baja al salón tras darse una ducha. Se ha puesto traje y huele a colonia. Mira el Belén y, aunque ha estado escuchando desde la habitación la conversación entre su mujer y su hijo, no añade nada. Ahora mira el nacimiento junto a su hijo, le pone la mano en el hombro y le susurra un «bien hecho».

Suena el timbre: llegan los abuelos con varios platos de comida para la cena. Todos están vestidos de forma elegante. Terminan de ver el informativo, apagan la tele y pronto se sientan en la mesa. Hay muchos entremeses y un vino del que su padre habla maravillas. El niño no puede beber y muchos de aquellos platos no le gustan. Al principio sigue la charla y participa, pero poco a poco la conversación lo va aburriendo. Cuando termina su postre, se marcha al sofá y se recuesta. Escucha hablar a los mayores sobre navidades pasadas.

El niño da un repullo. No sabe cuánto tiempo ha pasado, si minutos o días. Ha oído —no sabe si en sueños o en la realidad— el llanto de un bebé. Los mayores siguen hablando y bebiendo en torno a la mesa grande del comedor. Él se incorpora y se acerca al Belén. Se queda paralizado y abre la boca. Lo dejó guardado en un cajón, pero halla al Niño Jesús en el pesebre entre María y José. Los Reyes Magos están algo más cerca del portal y la mayoría de soldados han desaparecido. Sin embargo, hay dos que se mantienen en pie frente a Jesús y otro junto al buey. Parecen admirar al recién nacido.

El niño se frota los ojos y echa un vistazo al reloj de pared: pasan unos minutos sobre las doce; es Navidad.

4. Un juego de Navidad

9:15

¿Quién está pegando en la puerta? Esa voz... Si todavía tengo más sueño. Pero, ¡es 22 de diciembre! Acaban de comenzar las vacaciones. El día comienza bastante antes de lo que me gustaría.

Mi padre grita mi nombre mientras canturrea villancicos. Noto mucho movimiento por el pasillo. Ya ha regresado mi hermana después de pasar gran parte del año estudiando en la capital. Los abuelos llaman temprano al timbre y entran con una bolsa repleta de churros. A esa hora, mamá ya ha preparado una cacerola de chocolate y papá ha terminado de poner la mesa con todo lo necesario para el desayuno donde no faltan mantecados caseros y anís, aunque a mí no me dejarán probarlo.

Cuando llego al salón, la televisión ya está encendida; hay sonido de bombos girando, casi al ritmo al que laten las luces del árbol de Navidad. En una posición bien visible, un tablón de corcho muestra los numerosos décimos de Lotería adquiridos por la familia en los últimos meses. Los niños de San Ildefonso comienzan a cantar. Al principio me llama la atención, pero poco a poco su ritmo se me vuelve monótono a la espera de que salgan los premios importantes. Sin duda, ha comenzado la Navidad

en casa.

Por cierto, aunque no lo he dicho, me llamo Pablo Martínez, tengo trece años y vivo en Málaga.

Cuando era pequeño me gustaba este día, pero eso era antes. Al fin y al cabo, solo es un juego, un juego de Navidad en el que nunca nos toca nada. Ahora que soy mayor, después de tomarme el chocolate y atiborrarme a churros, la cosa deja de tener interés. Mis padres, mi hermana y los abuelos intentan predecir cuándo llegará un premio, comentan alguno de los disfraces de los asistentes o explican en qué invertirían el dinero si les tocara el Gordo.

Yo, sin duda, preferiría estar con mis amigos ¡o durmiendo! Creo que ya estoy crecido para estos ceremoniales. Mi pandilla ha quedado para echar unas partidas a la videoconsola y a mí me han prohibido salir hoy, simplemente porque mis padres quieren que estemos en familia y mantengamos la tradición de ver el sorteo juntos.

¡Pero si al final nunca toca! Y, aunque tocara, te enteras seguro porque lo repiten en todos los telediaris.

Así que, a pesar de la mala cara de mi madre, me voy a mi habitación, enciendo la pequeña televisión y me pongo a jugar con mis amigos en línea, cerrando la puerta para que nadie moleste.

12:30

Mientras estoy en una parte muy emocionante de la partida, escucho bastante jaleo. También suena el teléfono varias veces, pero yo sigo a lo mío. Las cosas me salen especialmente bien y gano a todos. Cuando termina la partida, noto que en casa hay un silencio raro.

Abro la puerta, avanzo por el pasillo y veo que no hay nadie. La televisión está apagada, las luces del árbol

siguen parpadeando y en la mesa todo permanece intacto: copas de anís a medias, la fuente llena de mantecados y algunos restos del desayuno.

¿Dónde habrán ido?

Creo que mejor así; si todos se han marchado, puedo jugar en la tele grande del salón. ¡Puede que hasta bata mi récord!

Pero al comenzar noto que me cuesta concentrarme. Es muy extraño que se hayan ido sin avisar. Pauso la partida, dejo el mando en la mesa y me asomo a la ventana.

¿Cómo? ¿Qué ha pasado?

A lo lejos, en el bar, parece que hay fiesta. Gente brindando con cava. Entre la multitud distingo a mi padre y a mi abuelo. Se les ve contentos.

¿Nos habrá tocado la lotería? No creo, entonces me habrían avisado. Habrá tocado a alguien del barrio y ellos habrán ido a celebrarlo; mis padres siempre se alegran por las cosas buenas de los demás. Qué tontería...

Decido bajar a la calle para enterarme, pero cuando intento abrir la puerta, está cerrada con llave y el pestillo no se mueve. Olvidé las llaves en la taquilla del campo de fútbol y no encuentro otras de repuesto.

Intento llamar al móvil de mi madre, al de mi padre, al de mi hermana... Nada. Las líneas están saturadas.

Bueno, mejor: puedo seguir jugando sin interrupciones.

18:00

Tras varias horas —y varias incursiones a la nevera—, alguien introduce una llave en la cerradura. Han vuelto.

Nos ha tocado la Lotería de Navidad. No el Gordo, sino un quinto premio. Tampoco es para tanto, pero con el dinero tendremos buenos regalos.

Mi madre trae una bandeja de jamón y mi padre una

botella de cava. Me ofrecen, pero yo sigo enfadado por haber pasado el día en casa sin poder salir. Me encierro de nuevo en mi habitación. Mi padre dice algo desde el pasillo, pero cierro la puerta antes de escucharlo.

Un día después, 9:30

Despierto antes que nadie. He quedado con mis amigos para ir al centro a ver tiendas de videojuegos. Al salir, paso por el quiosco para recargar el bonobús. Mientras espero, veo en las portadas una fotografía del bar: mi familia aparece celebrando el quinto premio.

Para una vez que podría haber salido en el periódico...

En el autobús, mis amigos me preguntan por la fiesta del premio. «Sí, sí, estuvo muy bien», les digo.

Al llegar al hipermercado vamos a la zona de videojuegos, pero todos los puestos están ocupados. Miro hacia las televisiones: están poniendo imágenes del bar. Entre la gente, están mis padres, mis abuelos y mi hermana. Me acerco para escucharlo mejor.

En primer plano sale mi padre. Lo entrevistan. Dice:

«Yo sé que un quinto premio no es tanto como el Gordo, pero nos va a venir muy bien. Justo hace unos días me he quedado en paro y mi mujer tampoco trabaja. Pensaba que iban a ser unas navidades tristes, pero esto al menos nos da un respiro. No podía haber venido en mejor momento».

¿Mi padre en paro? No sabía nada. Nada.

Me quedo paralizado. De repente, todo lo de ayer —la alegría, la fiesta, mis enfados, mi habitación cerrada a cal y canto— me cae encima como una losa.

Les digo a mis amigos que me tengo que ir y regreso a casa.

13:00

Cuando entro, mis padres siguen muy contentos.

«¡Pablo, sobre la cama tienes un regalo! Papá Noel se ha adelantado este año», dice mi padre.

Voy a mi habitación. Sobre la cama, envuelta, está la nueva videoconsola: el último modelo, el mismo que vimos en el hipermercado.

Debería estar feliz. Pero en vez de sonreír, me echo a llorar.

Dejo la consola sin abrir. Me limpio la cara y voy al salón.

—Papá, mamá... quiero que devolváis el regalo. Guardad el dinero para el tiempo que estéis sin trabajo.

Mis padres se miran. A regañadientes, asienten. Yo les pido perdón por haberme encerrado el día del sorteo y haberlos dejado solos cuando más necesitaban alegría.

Decido que este año viviré la Navidad con ellos. De verdad.

7 de enero

De camino al instituto, paso por el quiosco. En las portadas, los ganadores del sorteo de El Niño no son del barrio. Mi familia ya tuvo bastante suerte en el de Navidad.

Y aunque yo no celebrara aquel quinto premio, sé que no cambiaría por nada todos los momentos que hemos compartido estas vacaciones: las luces del centro, los puestos, la cena de Nochebuena, las bromas del 28, la pista de hielo, la Cabalgata, la mañana de regalos...

Apenas he tocado el mando de la videoconsola, pero guardo algo mejor: un puñado de días felices con los míos.

5. El intento

Gabriel siempre pensó que la vida empezaría de verdad cuando cerrara detrás de sí la puerta de la facultad. Le habían repetido muchas veces que estudiar Filología no garantizaba nada, pero él había estudiado por vocación, por esa forma de temblor que sentía cada vez que un libro le cambiaba el pulso. Terminó la carrera sin sobresaltos, con buenas notas y con esa ilusión que parecía empujarle desde dentro: publicar un día un libro con su nombre en la cubierta, no en cualquier editorial, sino en una de las grandes, una que él veía de adolescente en las solapas de sus autores favoritos.

Cuando anunció en casa que dedicaría unos meses a escribir, nadie dijo que no, pero todos levantaron las cejas. «Aprovecha ahora que eres joven»; «pero no te encierres tanto»; «ve pensando también en las oposiciones». Sus padres hablaban con cariño, no con reproche, pero cada frase dejaba un pequeño arañazo en su confianza.

Aun así, comenzó. Tenía muchas historias en la cabeza, personajes que llevaba años observando en cuadernos viejos, escenas anotadas de forma fragmentaria. Pero cuando se sentó por primera vez ante la pantalla en blanco, descubrió algo que no esperaba: un vértigo

inmenso. El cursor parpadeaba como si lo midiera. Pasó días sin escribir más que un par de líneas.

Hasta que un día, casi sin pensarlo, comenzó un relato corto. Nada ambicioso. Una historia pequeña, contenida. Lo terminó en dos días y sintió una alegría que le recorrió entero. Lo leyó en voz alta, lo corrigió, lo dejó reposar. Después envió aquel primer relato a varios concursos.

Nada.

Ni una mención, ni un correo de agradecimiento, ni un «casí».

El silencio, que al principio le parecía normal, poco a poco fue convirtiéndose en peso.

No se rindió. Siguió escribiendo relatos, afinando su estilo, buscando un tono propio. Pasaba jornadas enteras en su habitación de la casa de sus padres, con la ventana entreabierta para que entrara el ruido del barrio y le recordara que el mundo seguía existiendo. Ellos le insistían en que saliera, que entregara currículos, que no dejara que la vida se le escurriera entre las manos. Él decía que sí, que lo haría, pero luego volvía a su escritorio, a su pantalla, a su pequeña lucha contra la página en blanco.

A veces se levantaba satisfecho, convencido de que su escritura estaba creciendo. Otras veces apagaba el ordenador con rabia, sin poder entender por qué lo que escribía no era lo que había imaginado.

Con el tiempo, decidió probar algo distinto: una novela. Algo más largo, más profundo. Un proyecto al que aferrarse. Trabajó durante meses. Investigó, leyó, relejó. Incluso pidió a su familia un pequeño favor: viajar a otra ciudad durante unos días para documentarse, caminar las calles que serían escenario de su historia. A su regreso, volvió al teclado con renovada energía.

Cuando terminó la novela, sintió algo parecido a la

plenitud. Estaba convencido de que por fin había escrito algo valioso. Imprimió varios ejemplares en papel, encuadrados con una portada sencilla, y los envió a varias editoriales. También lo mandó por correo electrónico a las que así lo pedían. Hacía siempre los envíos por la tarde; después pasaba el resto del día comprobando compulsivamente el correo.

Durante semanas no recibió nada. Luego llegó lo que parecía ser una carta alentadora... hasta que vio la frase que ya había leído alguna vez en foros: «coedición». Le pedían una cantidad que no podía pagar. Otra editorial le envió un mensaje más breve: «Gracias por su envío. No coincide con nuestra línea». Nada más.

Y las demás, silencio.

Fue entonces cuando una amiga le propuso cambiar de formato. «Tú escribes muy bien los diálogos. ¿Por qué no pruebas con una obra de teatro?» Al principio le pareció absurdo, pero luego lo pensó mejor. Quizá necesitaba moverse. Quizá la novela, tal como estaba, podía respirar de otra manera.

Y lo hizo. Adaptó la historia en tres actos. Su propia narración se transformó ante sus ojos. Le costó semanas, porque no era solo cortar y pegar: era reimaginar la historia, buscar el lenguaje escénico, confiar en la palabra desnuda.

Cuando la tuvo terminada, envió la obra a varias compañías locales. Lo hizo con ilusión verdadera. Esta vez no esperaba premios ni editoriales poderosas: solo quería que alguien la leyera, que alguien dijera «esto podría montarse».

Las respuestas llegaron rápido.

Demasiado rápido.

Todas decían lo mismo, con distintas palabras:
que la obra era demasiado ambiciosa,

que requería una escenografía imposible para compañías pequeñas,

que lo sentían mucho, que le deseaban suerte.

Gabriel se quedó en silencio largo rato. No era solo el rechazo. Era la sensación de llevar demasiado tiempo empujando una puerta que no se abría. La ilusión, que tantas veces lo había sostenido, se le comenzó a escurrir entre los dedos.

Aquella tarde apagó el ordenador sin guardar cambios.

Se tumbó en la cama, con la mirada perdida en el techo, y sintió algo que nunca había querido sentir: que quizá no era suficiente. Que quizá el mundo no tenía un lugar para su voz.

No lloró. Solo se quedó quieto, como si esperara que la noche hiciera por él lo que él ya no podía hacer por sí mismo.

No sabía entonces que, incluso en ese hundimiento silencioso, la literatura seguía latiendo dentro de él. Pero eso aún no lo veía. En ese momento lo único cierto era su decepción, esa mezcla tibia de cansancio y derrota que llega cuando uno ha dado todo lo que tenía, pero no ha conseguido el objetivo.

Gabriel pensó que quizá lo mejor sería no pensar. Encerrarse otra vez en su habitación lo ahogaría más, así que cuando Manuela le escribió «¿sales un rato?», aceptó casi sin fuerzas. Ella siempre había sido su apoyo silencioso, la que leía sus textos con una emoción que él a veces envidiaba porque no era capaz de sentirla con tanta claridad sobre su propia obra.

Caminaron sin rumbo fijo por el centro. Para entonces ya habían encendido el alumbrado de Navidad: luces blancas y doradas cruzaban las calles, formando arcos que parecían sostener el cielo entre cables invisibles. Había

música en las plazas, niños corriendo con bufandas demasiado largas y familias comprando dulces de Navidad y adornos para el árbol. Todo ese ambiente festivo parecía contradecir el peso que él llevaba dentro.

Manuela hablaba, intentaba alegrarlo: que sus relatos le encantaban, que conocía a un chico que publicaba en una plataforma digital y lo leía muchísima gente, que quizá él podía probar lo mismo. Pero Gabriel apenas escuchaba. Sabía que, de vuelta a casa, tendría que enfrentarse a la realidad: buscar trabajo, como fuera; ayudar a sus padres; ahorrar para pagarse una academia de oposiciones... Sentía que su sueño se alejaba, discreto, como si apagara la luz al salir.

Al llegar a una plaza vieron, al fondo, una larga cola de familias que esperaban para entregar su carta a un paje real. Los niños sostenían sobres decorados, algunos escritos con rotuladores brillantes. Un pequeño sentado en los hombros de su padre agitaba su carta como si fuera un trofeo.

Fue entonces cuando Manuela, con esa mezcla de humor y ternura que a veces desarmaba a Gabriel, le dijo:

—Con lo bien que escribes, seguro que si les mandarás tú una carta, te traían un montón de cosas.

Y le guiñó un ojo. Él sonrió por primera vez en muchos días. No dijo nada, pero la frase se le quedó adherida, como un papel que se pega a la suela del zapato.

Esa noche no consiguió dormir. Daba vueltas en la cama, recordando las luces, la cola de niños, la voz de Manuela. Finalmente se levantó, encendió la lámpara de su escritorio y sacó un folio. Se quedó un momento mirándolo, el mismo folio en blanco que tantas veces lo había retado.

Y escribió:

«Queridos Reyes Magos...»

No sabía a dónde iba la carta, ni para qué la escribía. Pero de repente, como si hubiera roto un dique, empezó a contarles todo: lo que le dolía, lo que temía, lo que aún deseaba. Les habló de sus intentos fallidos, del cansancio, de la sensación de estar lejos de sí mismo. Les habló también de su amor por las palabras, de lo que sentía cuando una frase por fin encontraba su sitio. La carta se volvió larga, íntima, casi una confesión.

Cuando terminó, la dejó sobre el escritorio y, como si hubiera vaciado un peso enorme sobre el papel, durmió profundamente por primera vez en semanas.

Unos días más tarde volvió a salir con Manuela. Él ya había dejado currículos en varios comercios y en un par de empresas. Caminaban sin prisa cuando ella, sonriendo, le preguntó:

—¿Y qué les has pedido a los Reyes?

Gabriel se quedó pensativo. Recordó la carta, pero no la había vuelto a ver. Quizá su madre la habría recogido al limpiar. Quizá él mismo la tiró sin darse cuenta al ordenar la mesa. La verdad es que ya casi había olvidado que la había escrito.

Con la llegada del nuevo año consiguió trabajo en un restaurante de comida rápida. Turnos largos, frío entrando por la puerta cada vez que alguien pedía para llevar, olor a aceite que se le quedaba pegado en la ropa. Pero el sueldo, aunque humilde, ayudaba en casa y le permitiría pagar la academia de oposiciones.

El 5 de enero, después de uno de esos turnos interminables, llegó muerto a casa. Ni siquiera se quitó el uniforme; se tumbó en la cama y se quedó dormido, con los brazos abiertos, como si hubiera caído desde muy alto.

Entre sueños, algo lo despertó. Un ruido leve, como

el roce de una tela pesada contra el suelo. Abrió los ojos y vio tres figuras frente a su cama: tres señores mayores, vestidos con trajes lujosos que parecían reflejar la luz de la calle.

No supo si estaba soñando o si, de alguna manera incomprensible, aquello era real. Pero una de las figuras —Baltasar— sostenía un papel en la mano. Su papel.

La carta.

Gabriel se incorporó, aturdido. Ellos lo miraban con una mezcla de solemnidad y bondad que le produjo un temblor en la espalda.

—Gabriel —dijo Melchor—, hemos leído tu carta.

—Tiene algo —añadió Gaspar—. Verdad. Y una emoción que hace falta hoy más que nunca.

Baltasar dio un paso al frente. Le extendió la carta, pero no como quien devuelve algo, sino como quien ofrece un pacto.

—Tenemos un encargo para ti —dijo con voz grave—. Queremos que escribas nuestras memorias.

Gabriel parpadeó.

—¿Sus... memorias?

—Muchos años de viajes —continuó Melchor—, de cabalgatas, de regalos, de casas distintas, de ilusiones cumplidas y de otras que quedaron pendientes...

—Nadie las ha contado como deben ser contadas —dijo Gaspar—. Queremos que seas tú quien lo haga.

Gabriel no respondió. No sabía si estaba despierto o dormido, si aquello eran los Reyes Magos o sus ganas de no rendirse dándole un último empujón. Pero sintió algo que creía perdido: una chispa leve, íntima, como una lámpara que vuelve a encenderse tras un apagón.

Y entonces, lentamente, asintió.

A la mañana siguiente, Gabriel despertó con la sensación de haber tenido un sueño muy largo. Se incorporó

despacio, aún con el uniforme arrugado del día anterior, tratando de recordar imágenes sueltas: una luz cálida, rostros serenos, una voz grave que pronunciaba su nombre. No sabía si había sido real o fruto del agotamiento, pero al cerrar los ojos creyó ver, por un instante, una mano oscura sosteniendo un papel doblado.

Se frotó la cara.

—Estoy fatal —murmuró.

Escuchó ruidos en el pasillo: su madre llamándolo, su padre riéndose, el sonido del papel de los regalos. Era 6 de enero. Bajó con cierta pereza, pero al entrar en el salón sintió un pequeño vuelco: el árbol encendido, los paquetes, la mesa del desayuno preparada con chocolate, roscón y tazas humeantes. Sus padres —más ojerosos de lo habitual por el madrugón— lo miraron con alegría.

—¡Mira, Gabriel, este es para ti! —dijo su madre, señalando un paquete envuelto en un papel sencillo, sin nombre de tienda, sin etiqueta.

Lo tomó entre las manos. Era plano y ligero. Pero no llegó a abrirlo porque el timbre sonó con insistencia. Su padre abrió la puerta, y allí estaba Manuela, envuelta en su abrigo gris, con una sonrisa que apenas le cabía en la cara.

—¿Puedo pasar? —preguntó antes de que nadie respondiera.

Entró directa al salón, saludó a todos y miró a Gabriel con una mezcla de complicidad y ternura.

—Pensé que querías abrir ese regalo conmigo —dijo.

Él se quedó inmóvil, sosteniendo el paquete contra el pecho.

—¡Venga, ábrelo! —lo animó Manuela.

Lo abrió despacio, casi con temor, y encontró en su interior una carpeta azul. Dentro, un documento impreso.

Al ver el primer folio, sintió que el corazón le daba un salto:

«Proyecto de edición: Memorias de los Reyes Magos. Autor: Gabriel Lafuente».

Y debajo, una firma que no conocía, acompañada del sello de una editorial que él siempre había admirado.

—¿Esto...? —balbuceó.

Sin saber aún si aquello era verdad o un remiendo amable del sueño de la noche anterior, Manuela se acercó.

—Lo de la carta... ¿te acuerdas?

Él asintió, todavía sin voz.

—Fui yo quien la encontró —confesó ella, en voz baja, para que solo él la escuchara—. Estaba sobre tu mesa. La leí sin querer... bueno, un poco queriendo. Gabriel, era preciosa. Y la envié a un contacto de mi tía. Trabaja en una editorial. Dice que solo necesitaban un gesto, una señal de que no te habías rendido.

Gabriel sintió cómo el aire se le llenaba de golpe. Sus manos temblaban.

—Yo... no sabía... —intentó decir.

—Claro que no sabías —respondió ella—. Los Reyes hacen su trabajo en silencio.

No hubo necesidad de abrazos ni palabras grandes. Solo un instante en el que él bajó la mirada hacia la carpeta, entendiendo, poco a poco, que quizá la magia no era otra cosa que un conjunto de manos humanas ayudando a sostener un sueño cuando uno ya no puede solo.

Su madre, que observaba desde la mesa, dijo:

—¿Qué traía el regalo, hijo?

Gabriel respiró hondo y levantó la vista.

—Trabajo —respondió.

—¿Trabajo? —repitió su padre, sorprendido.

—El que siempre he querido.

El salón quedó en silencio un segundo, un silencio lleno de luz. Manuela le devolvió el guiño que le había dado días atrás, y en ese gesto Gabriel vio, por primera vez, un reflejo de futuro que llevaba tiempo sin encontrar.

En la ventana, la mañana de Reyes comenzaba a despejarse.

Era un día frío, pero luminoso. Uno de esos días que parecen decir, sin decirlo, que algunas cosas empiezan de verdad cuando creemos que ya se han acabado.

Sobre el autor

Javier Lara (Antequera, 1981) es profesor de Lengua Castellana y Literatura y apasionado del mundo educativo y de la narración. Combina la docencia con la escritura de novelas y proyectos creativos que encuentran en las aulas su mejor laboratorio. Cree firmemente en el poder de las historias para despertar la curiosidad de los jóvenes.

Si deseas enviar alguna sugerencia, pregunta o comentario de forma directa a Javier Lara, escribe a:

josejavilara@gmail.com



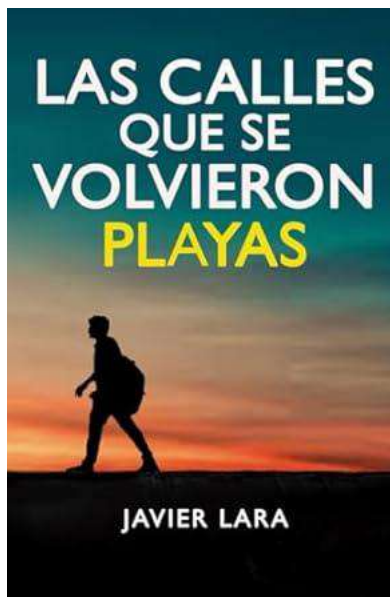
También puedes seguirlo a través de sus redes sociales.

- <https://twitter.com/josejavilara>
- <https://www.instagram.com/josejavilara/>
- <https://www.facebook.com/javierlaralibros>
- <https://www.linkedin.com/in/javier-lara/>

Dispones de contenido complementario en su web:

www.javilara.com

Disfruta de las novelas: serie orillas y caminos.



Una novela de viajes por lugares espectaculares que narra una historia de reencuentro y amor que te emocionará.

Hay pérdidas que te cambian la vida. La de Alberto transcurre entre el estrés del trabajo y los malos hábitos. De repente, un día tiene que emprender un viaje para seguir los últimos pasos de su hermano y cumplir el deseo que dejó pendiente. Descubrirá una vida diferente, secretos que fue dejando por el camino y tendrá un encuentro que le hará ilusionarse de nuevo con el amor.

[COMPRAR](#)

¿Puede la vida darte una nueva oportunidad para el amor cuando ya habías enterrado todas las esperanzas?

Tras décadas de distancia, Tomás y María se reencuentran de forma inesperada en medio de una plaza repleta de desconocidos. No es solo una mirada lo que recuperan: es un pasado que nunca se cerró del todo. Volverán al pueblo a caminar de nuevo por las calles de infancia, reencontrarse con los silencios, las heridas y los paisajes que fueron testigos de una separación abrupta.

[COMPRAR](#)



Gracias por leer este libro. No olvides dejar tu valoración y comentario en Amazon para ayudarme a mejorar como escritor.

**Este libro enlaza con el proyecto
#lafuerzadelashistorias basado en la aplicación de
storytelling en educación**

Puedes conocerlo a través de este libro
recomendado para docentes.



Búscalo en [Amazon](#)

José Javier Lara Hidalgo
Antequera. España
Noviembre de 2025.